







LUCÍA GÁRDEZ  
MAX ROSS

EL  
LAMENTO  
DE HELLA

NUMAK





*El lamento de Hela*

Primera edición: abril de 2024

©2024, Lucía Gárdez y Max Ross

©2024, Numak Ediciones (Served Numak S.L.)

C/Pineda Fosca, 4. 08100 Mollet del Vallès (Barcelona)

©2024, Libertad Delgado, por la cubierta

©2024, Sara Ruiz Capdevila, por las ilustraciones

©2024, Irene Dominguez Flores, por la maquetación

©2024, Daniel Godino Rubio y Numak Ediciones, por la corrección.

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la leyes de *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.cedro.org](http://www.cedro.org) 917021970/932720445).

ISBN: 978-84-126390-7-0

Depósito legal: B 8656-2024

*Printed in Spain* – Impreso en España





*Este es para nosotros.  
Porque no fue nada fácil empezar,  
pero fue incluso más difícil acabar.*







# PRIMER ACTO: PESADILLA







*La primera havsrå que ocupó el trono de hielo hizo un juramento de sangre.  
Y esa sangre se hizo agua, y el agua corrió por los ríos hacia el mar.  
El mar se hizo lluvia al caer la noche y bañó la isla de Vanedøm con esa  
promesa.*

**—Los diálogos de Bifindi.**







## EL DE LAS VOCES DE LOS MUERTOS

*Thyra.*

¿Dónde estoy?

Otra vez no.

*Thyra.*

Cierro los ojos y empiezo a contar.

Uno, dos.

*Thyra.*

Tres, cuatro.

*Thyra.*

Cinco.

*Thyra.*

*Thyra*

No. No vais a arrastrarme con vosotros hacia las profundidades ni dejaré que me toquéis una sola escama con esos fríos dedos. Soy Thyra la Primera. Pertenezco a la casa Nygarð. Soy la princesa de Vanedøm, la legítima heredera de Eira y Sigvard, hermana pequeña de Trygve y sobrina de Vidkun. También soy Sia. Ese es mi nombre en Midgard, el nombre que me di.



Esto no es real.

Abro los ojos y avanzo a tientas por este pasadizo oscuro que me resulta familiar. Siento que la ansiedad me contrae las entrañas y hace que me hormigüeen las membranas de los dedos mientras identifico los olores y reconozco el suelo que piso: estoy en la gran biblioteca de palacio. ¿Cómo he llegado hasta aquí? No, espera. Lo recuerdo. Vine tras darle las buenas noches a mi hermano. Habíamos estado con padre en el balcón de la sala del trono.

Fue hace mucho tiempo. ¿Estoy soñando otra vez?

—Después de que los dioses crearan el cielo... —nos contaba padre. Lo recuerdo bien. Yo estaba sentada en el suelo y tenía la espalda apoyada en sus piernas—. Hicieron el sol a partir de las chispas fundidas de Muspelheim, el reino de fuego.

Me encantaban esos momentos. Cada noche nos contaba una historia diferente, cuando los plebeyos ya habían abandonado la sala del trono y podíamos colarnos sin que madre se enfadara con nosotros. Según decía, ese lugar no era apto para niños. Y tiene gracia, porque mi destino era sentarme en el trono de hielo y llevar la corona de cristal algún día.

Bajo la luz de las estrellas y al frescor de la noche, padre solía tomar asiento en su butaca favorita, elaborada por las manos del mejor artesano de la mismísima casa Jafnvægi.

—¿Cómo se hace un sol a partir de unas chispitas? —preguntó Trygve con curiosidad.

Mi hermano estaba organizando la colección de cuchillos de doble filo, sentado a mi lado, y la brisa nos revolvía el cabello.

—Son dioses, mōgr<sup>1</sup> —respondió padre antes de dar una calada a esa larga pipa que iba con él a todas partes—. Los dioses pueden hacer cosas con las que nosotros solo podemos soñar.

—Entonces, los dioses se enfadaron con Sól y Mani —recuerdo decir, impaciente por la interrupción—. ¿Verdad, padre?

---

1 Hijo





—Sí, los dioses se enfadaron con Sól y Mani. O con su padre, Mundilfar.

—Entonces, ¿los dioses crearon a Sól y a Mani? —interrumpió Trygve de nuevo.

Lo hubiese lanzado por el balcón. ¿Por qué no podía dejar que padre acabara la historia?

—Ellos crearon el sol y la luna, pedazo de cabeza de bergsrå —le dije. Busqué los pozos negros que eran sus ojos y me pareció que las escamas verdes que le salpicaban la cara relucían bajo la luz de la luna—. Sól y Mani son hermanos, hijos de Mundilfari. Presta atención, anda.

—En efecto, dóttir<sup>2</sup>. —Padre asintió complacido y sonreí orgullosa—. Los dioses los condenaron a orientar al sol y a la luna en sus caminos. Sól debía conducir el carro del sol y guiar a Arvak y Alsvinn, sus dos caballos, lo más rápido posible, pues los perseguía Skoll, el gran lobo.

—Me parece muy injusto —murmuró mi hermano con la boca pequeña—. ¿Por qué tenía Sól que huir de un lobo y su hermano solo tenía que aguantar la luna y ya está?

—Su hermano también tenía que hacer cosas —le solté, molesta—. Mani estaba obligado a seguir el curso de la luna y a controlar las fases de crecimiento. Además, a él también lo perseguía un lobo. ¿A que sí, padre? Hati lo acechaba todas las noches.

—¿Eran hermanos y no volvieron a verse nunca más? —Mi hermano se enderezó—. ¿Y Mundilfari no hizo nada para impedir que separaran a sus hijos?

—Solo nos queda divagar —admitió padre—. Pero si me preguntas, sospecho que el destino de sus hijos nunca estuvo en sus manos.

—Ni en las de ellos tampoco. —Trygve tenía las puntas de las orejas coloradas de la rabia y yo lo miraba confundida—. Ni Sól ni Mani pudieron elegir. Decidieron por ellos. ¡Qué injusto!

---

2 Hija





# Thyra

*Thyra.*

Parpadeo y vuelvo a estar aquí. O puede que haya estado aquí todo el tiempo y que ese susurro me haya arrastrado fuera de mis recuerdos. Me encuentro frente a uno de los ventanales de la biblioteca. El aroma distintivo de los pergaminos se mezcla con el polvo y me hace cosquillas en las aletas de la nariz. Y lo sé. Simplemente lo sé: hay dos sombras vagando detrás de estas estanterías, en la sección de arte de los Skogsrå.

Creo que necesito un poco de agua. No me lo estoy imaginando, no está solo en mi cabeza, esta sensación de que las estanterías se ciernen sobre mí. Intento evitarlo, retrocedo un paso y mi espalda encuentra el cristal de la ventana. La cabeza me da vueltas. Si tuviese la oportunidad de volver a mis aposentos, podría frotarme la nariz con un trozo de tela impregnada en näquah. Eso haría que la presión que tengo en el pecho fuera a menos y dejaría de sentir que se me destrozan las branquias con cada exhalación.

*Thyra.*

Me muerdo el labio. Echo un vistazo más allá de las estanterías, donde las sombras se ocultan. Creo que he bajado hasta aquí con un propósito que nada tiene que ver con elegir una lectura ligera, sino con... ¡Ah, sí! ¡Padre y sus acertijos! No me sorprendería. Le encantaba eso de presentarme una serie de pruebas que debía superar. Involucró a todo el palacio la última vez. Fue increíble. Dejó que una viperidae le mordiera la pierna. La mordedura de ese reptil es tan venenosa que la herida empeoró hasta tal punto que, cuando padre apartaba la venda para enseñármela, la carne despedía un olor repugnante.

Estuve tres días en el lago Gløyme, aprendiendo sobre toda clase de hierbas que los sjöra utilizan para tratar las enfermedades de los habitantes de Vanedøm. Mürien, el último kantaja que los sjöra habían elegido como intérprete para comunicarse conmigo, solía enviarme algún que otro pergamino cada luna llena. Cuando volví





con una idea clara de lo que podría utilizar para curar la herida de padre, él escuchó atentamente la solución que propuse y sonrió satisfecho. Se desprendió de la venda y me permitió aplicar el unguento que había preparado con las plantas que crecían en nuestro propio jardín. Los sjöra me habían enseñado que había plantas en Vanedøm que podían dar la vida y otras que podían arrebatlarla.

Las que crecían cerca del Eleenivh, el gran árbol sagrado, no eran diferentes.

Puede que haya vuelto a hacerlo. Sí, otro acertijo. Eso explicaría por qué Hērra, la bibliotecaria, no ha cerrado con llave al salir. Eso me tranquiliza. Me reconforta la idea de que padre solo esté enseñándome otra de sus valiosas lecciones. Después de completar el desafío de la viperidae, me regaló un libro sobre plantas medicinales, escrito por el mismísimo Innla Vätin.

*Thyra.*

No puedo respirar. No, ahora no. ¿Voy a desmayarme? ¿Puedes desmayarte en un sueño? Entrelazo los dedos de las manos con fuerza y echo a andar, con la mirada fija en las sombras que apenas puedo vislumbrar al otro lado de la biblioteca.

—¡Presentarte aquí, como si fueras el señor de este palacio!

Esto también lo recuerdo, y sé que esta estantería tras la que me escondo es la que guarda los libros que relatan Fyrstrhreða, el primer conflicto que desató la guerra contra los bergsrå. Y ese de ahí es mi tío. ¿Pero quién está con él? Caminan entre las mesas de estudio. La luz de las velas me revela que Vidkun está rabioso. Está hablando con alguien que me da la espalda. Es ancho de hombros y alto, más alto que mi tío, y tiene el pelo más negro que he visto en todo el reino. Su porte me recuerda a la elegancia con la que los nobles entran en cualquier parte, asegurándose de que los plebeyos sepan que están por encima de ellos.

Hay algo distinto en este desconocido, algo que no encaja. No viste largas túnicas como nosotros y no hay escamas en su piel.





Es blanca y tersa, como la de los hombres y las mujeres en las ilustraciones de los grandes sabios sobre el reino de Midgard. ¿Es humano?

*Thyra.*

Ahora no. Esto es demasiado importante. Me aferro al filo de la estantería y clavo las garras en la madera. Un olor acre y dulzón me azota en las fosas nasales. ¿Sangre?

*Thyra.*

Cierro los ojos un segundo y vuelvo a abrirlos. La voz de mi tío siempre consigue ponerme más nerviosa, pero es la del desconocido, profunda y melódica, la que me estremece de pánico.

—Tú tampoco eres el señor de este palacio, Vidkun.

Ahora mi tío gritará. Es lo que hace siempre que alguien osa faltarle al respeto. Soltará un improperio, llamará a los guardias y condenará a este intruso a los calabozos. Es uno de sus deberes como guardián, y esos deberes siempre lo han llevado a pensar que se merece el mismo respeto que la reina. O eso nos ha repetido a mi hermano y a mí desde que nacimos.

Para mi sorpresa, mi tío no llama a los guardias ni pone a la figura que lo acompaña en su sitio. Nunca he visto a Vidkun empequeñecer tanto a la sombra de alguien. Pongo atención y veo que está moviendo los labios, pero no puedo oír lo que dice, así que me deslizo desde esta estantería a la siguiente, justo a tiempo para oír a Vidkun decir:

—Así que quieres algo a cambio.

—Hazte un favor y no nos insultes con tu ignorancia. Solo he venido para tener una conversación agradable con un havsrå tan encantador como tú.

Estoy a punto de soltar una carcajada. ¿Mi tío? ¿Encantador?

*Thyra.*

*Thyra.*

No. Me cubro los oídos con las manos. Necesito más tiempo.

*Thyra*





Necesito que esperen unos segundos más. Esto es importante. Mi padre ha organizado todo esto, lo sé. Sé que es cosa suya porque leo su nombre en los labios de mi tío. Es la primera vez que lo involucra en nuestros rompecabezas. Mi madre siempre requiere de su presencia como guardián y apenas le queda tiempo para relacionarse con nadie. Puede que esa sea una de las razones por las que todavía no se ha desposado. Todos los guardianes de la historia han perpetuado su línea de sangre para que sus descendientes aspiren al honor de formar parte de la guardia real.

Mi tío no. Mi tío siempre ha dicho que su única hija es la corona de cristal.

Parece que las voces se han callado. Bajo las manos. Contengo el aliento.

—Un mestizo en Midgard —dice el desconocido.

—¿Estás seguro?

El otro cambia de postura, y no sé qué gesto habrá hecho, pero mi tío se encoge en sí mismo como si se arrepintiera de haber puesto en duda las palabras del forastero.

—Esto podría cambiar el rumbo de nuestro reino —razona Vidkun. Parece emocionado. Cómo odio esa sonrisa—. A Eira no le quedará más remedio que someter esta traición a juicio. ¡Una ejecución pública, como en los tiempos de Fyrsthreða!

Sofoco un insulto ante la idea de que a mi tío pueda emocionarlo tanto la ejecución pública de uno de los nuestros. Además, esas barbaries se prohibieron durante el reinado de mi bisabuela. Mi padre me contó que las calles de lāktidi, la ciudadela, estuvieron manchadas de sangre durante tantos ciclos lunares que Njörd se negó a volver a la isla o a responder a nuestras plegarias.

No sé qué significa esto, pero tengo que irme. Tengo que contarle todo esto a padre.

Tropiezo con una pila de libros al retroceder y caigo de espaldas al suelo.





Thyra.

Thyra.

*Thyra*

Thyra.

Tengo frío. ¿Por qué tengo tanto frío? Alguien me coge por el brazo. Es mi tío, que intenta levantarme. Quiero soltarme, pero noto cómo sus garras se clavan en mis escamas.

Esto no pasó así. Esto no pasó así.

Thyra.

—Solo estaba... ¡Suéltame! ¡Me haces daño!

—¿Daño? —cuestiona, enseñándome una sonrisa retorcida. ¿Sus escamas han tenido siempre tan poco color?—. No, Thyra. Eso implicaría que todavía puedes sentir dolor, y tú ya no sientes nada. — Su voz cambia. Es aguda y afilada, como el sonido que dejan unas garras cuando rayan la piedra—. No sientes dolor, ni pena, ni rabia. Estás completamente vacía por dentro. —Sus ojos negros palidecen hasta ser dos esferas blancas—. Como todos los muertos.

No.

Thyra.

No.

Las escamas de mi tío se secan, se arrugan, se pudren. Veo cómo la piel de la cara se le deshace muy deprisa, como si la estuvieran devorando miles de gusanos. Vidkun abre la boca y me paraliza el hedor que emana entre la hilera de dientes torcidos. Quiero decirle que me suelte. Lo intento, pero algo húmedo explota en mis labios. Es sangre. Mucha sangre.

Thyra.

*Thyra*

No estoy muerta.

La biblioteca desaparece entre volutas de humo helado y la luz de la luna se apaga lentamente. El suelo cada vez está más frío. Las tinieblas amenazan con engullirme y mi mayor temor es quedarme a solas con mi tío, con su aspecto cadavérico y sus pálidas escamas.

Thyra.





Parpadeo, pero la oscuridad me aprisiona en su frío abrazo.

*Thyra.*

Están aquí, conmigo.

No puedo verlos, pero me rodean.

No puedo tocarlos, pero se acercan.

*Thyra.*

No.

Cierro los ojos. La negrura infinita tras mis párpados me otorga una falsa sensación de seguridad. Soy Thyra La Primera. Pertenezco a la casa Nygarð y soy la princesa de Vanedøm, la legítima heredera de Eira y Sigvard, hermana pequeña de Trygve y sobrina de Vidkun. Vivo en Tromsø. Sí, vivo en Midgard. Tengo veintidós años y estoy enamorada de Ada.

*Thyra.*

No. No voy a mirar, aunque este frío me cale hasta los huesos. Aquí estoy a salvo. Si no abro los ojos, mi tío no me devolverá una mirada vacía.

Fue él. Lo recuerdo.

Mató a padre.

Mató a madre.

*Thyra.*

Me mató a mí.

*Thyra. Thyra. Thyra. Thyra. Thyra.*

Abro los ojos. No puedo verlos, pero los oigo. Oigo las voces de los muertos.

No soy una de los vuestros. Estoy viva. Sigo respirando. Estoy viva. Soy Thyra La Primera. Pertenezco a la casa Nygarð y soy la princesa de Vanedøm, la legítima heredera de Eira y Sigvard, hermana pequeña de Trygve y sobrina de Vidkun...

*Thyra.*

Pero Vidkun me mató.

*Thyra, me perteneces.*

*Thyra*

